

Parábola de la Flor de Loto

El Rey de las Tempestades, el atrevido Ulyses, después de nueve días de vientos huracanados pudo desembarcar en la tierra de los hombres que se alimentaban con las hermosísimas flores de loto que ostentaban su elegante corola en todos los lugares de la isla. Comían aquellas flores porque ellas con la dulzura con que estaban impregnadas los hacían olvidarse de todo, absolutamente de todo.

Cuando algún viajero, obligado por las tempestades, desembarcaba en aquella tierra, lo primero que le ofrecían sus habitantes, en señal de bienvenida, eran unas cuantas flores de loto que el extranjero por cortesía, estaba obligado a saborear con delite: ¡eran tan bellas y tan dulces!

Así las probaba, sentía un desvanecimiento rápido, parecía como si le quitasen de la mente muchas pensamientos dolorosos, como si a su corazón afectuoso lo despojasen de muchos cariños que, cual otros imanes, lo atraían hacia la patria lejana en donde lo había dejado todo: familia, amores, fortuna, ^y povenir. Olvidaba las ansias del retorno y nunca volvía a abandonar la isla de los comedores de flores de loto.

Así como esas flores de loto, existen en la vida muchos honores y muchas atenciones que obligan, a los caracteres débiles, a abandonar sus ideales de los cuales nunca vuelven a acordarse porque la dulzura de que están saturados esos honores es tan intensa que hace olvidar las primeras e íntimas aspiraciones hacia las que jamás harán retorno como no hacían retorno de la isla de los comedores de loto los desventurados viajeros que se atrevían a desembarcar en aquellas playas malditas.